

ENREDO DE ALMAS

ELI MACÍAS

Plataforma
Editorial



Primera edición en esta colección: septiembre de 2023

© Eli Macías, 2023

Autora representada por IMC, Agencia Literaria, S.L.

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2023

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1.^a – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B 14004-2023

ISBN: 978-84-19655-72-1

IBIC: YF

Printed in Spain – Impreso en España

Diseño e ilustración cubierta:

Marina Abad Bartolomé

Adaptación de cubierta y fotocomposición:

Grafime Digital S. L.

El papel que se ha utilizado para imprimir este libro proviene de explotaciones forestales controladas, donde se respetan los valores ecológicos y sociales y el desarrollo sostenible del bosque.

Impresión:

Romanyà Valls

Capellades (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

*Para Patri,
que se merece esto y mucho más*

1

Aunque no lo hubiese querido, Aitor pasó casi toda la vida entre las paredes del Instituto Jaime Vera. Por desgracia, parte de su muerte también.

Cada uno de los recreos era un juego de dados con dos únicas caras para Aitor y sus amigos: regresar a clase o saltarse el resto del día. Ese día, tocó darse un paseo por el Mercadona. Quizá, si el azar hubiese lanzado los dados de otra manera, las cosas habrían sido muy distintas.

—Suso, tío, se nos va a echar la hora de comer encima —bufó Vir, apoyada sobre la vitrina de la bollería y dando golpecitos al cristal con su habitual impaciencia.

El chico chasqueó la lengua, frustrado. Era muy fácil agobiarle, por eso le pinchaban tanto. Por eso y porque era muy gracioso ver a un chico tan bajito y con brazos como barriales sufrir ante la decisión de cogerse una magdalena de chocolate o una de plátano. Aitor apoyó el codo en el hombro de Alberto y miró hacia otro lado, pero no disimuló la risa.

—Que solo tengo un euro para todo el día —se excusó Suso, pero sabían que seguiría igual de inseguro aunque tuviese cincuenta euros en el bolsillo.

Vir puso los ojos en blanco y se giró hacia Carla, que tenía los ojos tan lánguidos y hundidos como siempre.

—¿No se supone que eres adivina? Podrías ver qué *muffin* se come y así salimos todos de dudas.

Carla jugueteó con la punta de su espesa trenza morena y se tomó su tiempo para responder, como siempre.

—Médium, no adivina. Es distinto.

—Se lo puede preguntar a tus muertos, Vir —bromeó Aitor con la sonrisa de coyote atravesándole toda la cara.

Alberto gruñó y se zafó de él con un pequeño empujón. Aitor se encogió de hombros. Sabía que Vir no se iba a enfadar, tenían ese humor cortante que solo entendían entre ellos porque a ninguno se le ocurriría hacerle daño al otro. Algo a lo que Alberto, el nuevo integrante del grupo y el más callado, aún no se había acostumbrado.

—Si os vais a pasar toda la mañana para esto, me salgo a fumar un piti. ¿Vienes? —preguntó a Alberto, quien no aceptó la invitación con un gesto de cabeza.

Les dejó con el dilema de la magdalena, con lo que estarían dando círculos por lo menos durante un par de minutos más. Las puertas de la entrada se abrieron y el viento se le metió dentro de la sudadera. Después del escalofrío, notó las gotas de lluvia golpeándole las mejillas y chasqueó la lengua, se puso la capucha y esperó que el pelo moreno y ondulado no se le rizase con la humedad. Lo odiaba, más que los calcetines mojados, y eso que también estaba consiguiendo que se le empapasen. Asomaban por las playeras y

apenas le tapaban la piel que dejaba ver los pantalones pitillos que le quedaban cortos. Pocas veces se vestía acorde al tiempo que hacía fuera, ese día no iba a ser menos.

Encendió un cigarrillo resguardándose bajo la cornisa del edificio. Se apoyó en la pared, media espalda y un pie. Alzó la cabeza con los ojos cerrados y dejó salir el humo en forma de O. Ah, cómo le gustaba vacilar, aunque fuese por la *performance*. Un poco de pose de chico malo, la mochila sobre un solo hombro, una sonrisa ladeada, un bufido burión cuando necesitara mostrar su naturaleza despreocupada. Tampoco pensaba admitir en voz alta que lo hacía de forma consciente, claro.

—Vaya, me alegro de no ser el último en llegar a mi propia clase.

Aitor casi dejó caer el cigarro del susto. Tosió y se separó de la pared, irguiéndose cual soldado ante la presencia de su profesor de biología, el señor Gutiérrez. Le sonreía con esa satisfacción sádica que le caracterizaba, una mano agarrando el paraguas y la otra el maletín del que Aitor teorizaba que o bien estaba vacío o lleno de listados de sus próximas víctimas, nunca lecciones de su asignatura. Él sí que conseguía parecer un chico malo a sus cuarenta años sin ni siquiera intentarlo.

—¡Gonzalo! Qué bien te veo —saludó Aitor con demasiada efusividad y una confianza que, evidentemente, no tenían. El profesor ensanchó la sonrisa—. El abrigo es nuevo, ¿no? Tiene pinta de ser de los buenos.

—Déjese de tonterías, ande —dijo y cogió el maletín con la misma mano que la del paraguas abierto solo para poder tenderle la palma abierta. Sabiendo lo que le pedía,

Aitor sostuvo su pitillo entre los labios y la mano le tembló mientras sacaba uno de la cajetilla para dárselo. Luego, le ofreció el mechero antes de que le pudiera pedir nada más. El señor Gutiérrez se tomó su tiempo para encenderlo. Aitor empezó a notar la tirantez de la tensión en los hombros—. Imagino que hay una razón completamente plausible por la cual no se encuentra aún en clase, ¿no?

—Uy, sí, es que me dolía la cabeza y... ya sabe, aquí estoy. —Carraspeó, cogiendo el mechero que le devolvía e intentando esconder el cigarrillo que ya había visto—. Tomando un poco de aire fresco.

—Ya. Pues reubíquese las neuronas y no tarde en volver, que la clase de hoy es importante —declaró antes de echar a caminar. Alzó las cejas y le miró por encima del hombro—. Espero verle allí o tendré que pensar que estaba intentando tomarme el pelo. Otra vez.

—Pero bueno, Gonzalo, qué cosas tienes. —Aitor rio entre dientes y se frotó el cuello.

El señor Gutiérrez puso los ojos en blanco con un largo suspiro y dio una calada antes de doblar la esquina.

Mierda.

Siseó con fastidio y tiró el cigarro a medias antes de entrar en el Mercadona. El grupillo ya estaba en la cola para pagar, Vir con su bolsa de Patatinas y Suso con una napolitana de chocolate metida en una caja de cartón.

—Chavales, me he encontrado con el Gonzalo en la puerta.

—No jodas —respondió Vir, apretando la bolsa entre las manos. Se le notaba las ganas que tenía de comer—. ¿Qué te ha dicho?

—Que no tarde en volver que la clase de hoy es importante, o algo así —dijo, arrugando la nariz.

Suso carraspeó y Vir resopló. Carla y Alberto, como siempre, se mostraron impasibles. Mientras, el dependiente les llamó para cobrarles.

—Pues qué putada, tío. Ya nos contarás qué se cuenta.

Con los hombros relajados y la sensación de que le habían interrumpido demasiado pronto, Aitor ladeó la cabeza y entrecerró los ojos con una mueca de incredulidad.

—¿En serio vais a seguir con las pellas? Pero que me ha pillado de lleno.

—Exacto, te ha pillado. A ti —remarcó Vir, mientras dejaba la bolsa sobre la cinta transportadora, levantando las cejas—. Si a los demás no nos ha visto, no tenemos por qué ir a su clase.

—Tía, va a cantar un huevo...

—Hazlo por el equipo, Aitor —bromeó Suso, poniéndole una mano en el hombro. Se le notaba orgulloso de no ser, por una vez, al que le estuviesen picando—. Te recordaremos con cariño.

Observó cómo pagaron y fue posando la mirada de uno a otro, pero se la rehusaban como si estuvieran aguantándose la risa. Puso los ojos en blanco y se colocó mejor la mochila sobre el hombro.

—Qué hijos de puta —murmuró antes de darse la vuelta y meterse las manos en los bolsillos.

Sus amigos le vitorearon a sus espaldas con tanto entusiasmo que parecía que era un gladiador a punto de entrar en el coliseo. Varias personas se giraron, algunas curiosas, otras molestas. Sin mirarles, Aitor solo les dedicó el dedo

corazón levantado y volvió a la salida para enfrentarse a las interminables horas de instituto. Su peor pesadilla.



Llegaba tarde, por supuesto. No había nadie en los pasillos más que la secretaria que había salido a cogerse un café y que le conocía lo suficiente como para suspirar un «hay que ver, niño, ni un solo día en el que llegues bien de tiempo». Se frotó el cuello y fingió una sonrisa inocente, pero pícaro que, por lo general, siempre le funcionaba. La secretaria le correspondió. Sabía que no iba a tener tanta suerte con Gonzalo.

Llamó a la puerta antes de entrar en el aula. El profesor ni siquiera levantó la mirada del libro cuyas páginas iba pasando con demasiada lentitud. La gente esperaba el comienzo de la clase, dormitando pese a ser aún las doce del mediodía. Aitor masculló un risueño «buenas» y se dirigió hacia su cómodo asiento al final del todo, ese que estaba en la esquina junto a la ventana y el radiador. Antes de que pudiera cruzar la segunda fila, se sobresaltó al escuchar cómo Gonzalo chistaba detrás de él.

—No tan rápido, Velasco. Hoy vamos a probar una cosa nueva y se va a sentar en primera fila junto a Parra para que le pueda tener bien vigilado.

Aitor giró solo la cintura y se quedó mirando al pupitre compartido que el profesor señalaba frente a él, ese en el que el sieso de Pedro Parra siempre se sentaba solo. Le miraba por encima del hombro con los dedos entrelazados entre sí y un rictus en los labios.

—No, gracias —respondió, la mitad de la clase estalló en una carcajada.

Gonzalo alzó las cejas; él tragó saliva. Imposible intentar hacerse el chulo con un hombre que tenía pinta de haber estado en cinco guerras y haberlas disfrutado todas.

—No era una sugerencia. Ahora, haga el favor de dejar de hacer el payaso para que pueda comenzar la clase.

No se atrevió a replicarle. Tiró la mochila junto al pupitre y luego se dejó caer en la silla con un bufido de fastidio. Le gustaba espatarrarse y ponerse cómodo durante las clases, pero en ese pupitre las rodillas tocaban la mesa del profesor y, junto a Pedro, que estaba recto como una bandera, se sentía tan fuera de lugar que él mismo se obligó, a duras penas, a erguirse en su asiento.

Gonzalo empezó a explicar algo de unas proteínas y unas enzimas que no le podían importar menos e hizo lo que mejor se le daba durante las clases: divagar. Apoyó la mejilla en la palma abierta y se preguntó qué estarían haciendo sus amigos. Seguro que habían ido de excursión a la Fnac de Nuevos Ministerios o a lo mejor a su rincón en el edificio en construcción de la calle de al lado para liarse algún canuto. No podía coger el móvil y escribirles porque Gonzalo le pillaría de inmediato, y tampoco podía quedarse mirando por la ventana porque ese asiento estaba junto al pasillo. Así que se giró y analizó a su compañero porque no tenía nada mejor que hacer.

Pedro era uno de esos chicos que se peinaba el pelo rubio de forma perfecta hacia atrás y llevaba las camisas planchadas y abotonadas hasta arriba. Aunque decir «uno de esos» implicaría que alguien más lo hacía en el instituto. Pedro era

el único que llevaba esas pintas y unas gafas rectangulares sin montura que habían pasado de moda décadas atrás. Su gesto, siempre con la barbilla alzada y ceño fruncido, alternaba entre la concentración hacia el profesor y la soberbia hacia sus compañeros. Aitor carraspeó. Llamó la atención de Pedro, que se giró hacia él, Aitor desvió la vista fingiendo que le interesaba mucho lo que Gonzalo había escrito en la pizarra. ¿O dibujado? En todo caso, no entendió ni lo uno ni lo otro.

Faltaban cinco minutos para que tocase el timbre y Aitor ya estaba recogiendo lo —poco— que tenía sobre la mesa. Como si oliese sus ganas de coger carrerilla para huir de allí, el profesor le lanzó una mirada envenenada con los ojos entrecerrados y se puso de pie para hablar.

—Antes de que se vayan, quiero que decidan sus parejas para un trabajo de investigación libre que tenga que ver con el tema tratado estos últimos días. —La clase se llenó de resoplidos y lamentos. Gonzalo arqueó una ceja, se colocó las gafas—. No refunfuñen, que tendrán dos semanas para hacerlo. Sin embargo, las parejas me las tendrán que decir ahora.

No se lo pensó antes de coger el móvil para escribirles a sus amigos por el grupo: «trabajo de mierda en pareja, ¿quién se pone con quién?». A su alrededor, sus compañeros empezaron a hablar entre ellos. Aunque no alzaron mucho la voz, Gonzalo ya estaba chistando. A su lado, Pedro se mantuvo igual de recto y con las manos entrelazadas como al inicio de la clase. Qué mal rollo que le daba ese chaval.

—Imagino que no tendrá una pareja con la que hacer el trabajo, Parra —dijo Gonzalo, apoyando los brazos cruzados sobre la pantalla del ordenador que les separaba el pupitre.

Aitor miró de reojo e intentó hacer como que no estaba escuchando la conversación. No le importaba tratar a los profesores como colegas aunque, evidentemente, no lo fueran y a sus amigos les frustrase; le gustaba pensar que podía relajar cualquier tipo de ambiente si eso le beneficiaba. Sin embargo, no soportaba las charlas serias de profesor a estudiante. Le incomodaban. Cada vez que recordaba a la profesora Fátima con esa sonrisa compasiva diciéndole que podía ayudarle a sacar todo el potencial que seguro que tenía escondido en alguna parte, un escalofrío le recorría toda la espalda.

Vir

pero de que va el trabajo?

yo q se si no me he enterado de nada

Suso

joe aitor pues si que nos ha ayudado que te quedas :(

q no soy vuestro corresponsal, cabrones

—No pasa nada, estoy acostumbrado a hacer los trabajos solo. Además, lo prefiero.

Otro escalofrío. Pedro hablaba poco, pero cuando lo hacía dejaba salir la voz más grave que había escuchado nunca. Tan grave que le raspaba los tímpanos, como si la escuchase de dentro hacia fuera. «A mí me parece sexi», había dicho una vez Carla. «A mí me da un poco de asco porque

parece que no haya bebido nada de agua en cinco meses», respondía Vir.

Aitor se tapó la boca con un puño e hizo que se aclaraba la garganta para no reírse él solo.

—Se me ocurre que su compañero, aquí presente, tampoco tiene pareja, ¿no? Así que quizá pueden ponerse juntos.

Aitor tardó unos segundos en reaccionar, alzar la cabeza y darse cuenta de que tanto Gonzalo como Pedro le estaban mirando. El primero divertido, el segundo no tanto. Parpadeó varias veces y se asustó cuando su silla cayó hacia delante. Ya ni se acordaba de que estaba balanceándose sobre las patas traseras.

—No, no, pero si yo no... A ver, mis amigos no están en clase, pero seguro que alguno se pone conmigo.

—Creo recordar que sus amigos, que casualmente han enfermado todos al mismo tiempo, son un grupito de cuatro, así que, contándole a usted, son impares. —El profesor entrecerró los ojos afilados y Aitor contuvo el gesto de tragar saliva—. Además, usted mismo lo ha dicho, no están aquí, pero Parra sí, así que no veo ninguna razón para que no hagan este trabajo juntos.

Aitor y Pedro se miraron. Aitor estaba confuso e incluso algo horrorizado ante la idea de hacer un trabajo con alguien que no fuese uno de su pandilla. No le gustaba estudiar, mucho menos esforzarse o que otra persona tuviese que depender de sus aportes. Pedro mantuvo el rostro imperturbable, aunque no le engañaba, notó cómo se le marcaba la mandíbula por apretar los dientes. Los dos se giraron hacia Gonzalo al mismo tiempo.

—Que no, que no, pero si Alberto ni siquiera viene a esta clase... Somos cuatro.

—Y como yo ya he dicho, prefiero hacer el trabajo solo...

—Van a ponerse juntos y es una decisión final —cortó el profesor. Aitor vio su vida pasar ante sus ojos, abrió la boca para rechistar, pero Gonzalo le miró como si pudiera arrancar el monitor con una mano y estampárselo en la cabeza. Luego, se giró hacia Pedro con expresión más relajada—. Sé que no es lo ideal y que la incorporación de Velasco puede ralentizarle, pero usted es el único en que confío para que le ponga las pilas. Seguro que consigue que esto funcione.

Esa vez, Aitor abrió la boca sin cortarse, pero solo para mostrar lo sorprendido y ofendido que se sentía. Pedro asintió una sola vez y resopló por la nariz.

—De acuerdo, señor Gutiérrez.

El profesor sonrió con orgullo y se irguió para hablarle a la clase que ya estaba poniéndose de pie. Aitor se quedó mirando la lucecita de las notificaciones de su móvil con las cejas juntas y la nariz arrugada.

—Estoy aquí delante, pero vale —susurró para sí mismo. De hecho, no creía que Pedro, que puso la mochila sobre el pupitre para recoger sus cosas, le hubiese escuchado.

—Yo también estaba aquí cuando pusiste cara de asco al sentarte a mi lado.

Aitor pestañeó porque no esperaba que le respondiera. Se giró hacia él, pero Pedro no le miró. Cerró la cremallera y posó ambas manos sobre el asa de la mochila con gesto solemne. No sabía que alguien pudiera parecer tan formal con una mochila de Nike.

—No, hombre, no era cara de asco, es que... no me gusta sentarme en primera fila, eso es de pringados —dijo y se dio cuenta de que la había cagado antes de terminar la frase—. ¡A ver! Que no lo digo a malas. Además, tú tampoco quieres ponerte conmigo, ¿no? Seguro que prefieres hacer ese coñazo de trabajo con un amigo.

El otro chico seguía evitando mantener contacto visual, ignorándole, pero se fijó en cómo uno de sus ojos se cerraba tan solo un segundo, un tic nervioso que no podía controlar. Echó la silla hacia atrás con un sonido chirriante y se puso de pie.

—¿Me dejas pasar?

Aitor prácticamente saltó de su asiento. Le sacaba media cabeza a Pedro y, aun así, ese capullo insolente conseguía intimidarle mientras se colocaba la mochila con parsimonia y porte de ejecutivo de cincuenta años.

—Quedamos en la biblioteca después de las clases. Tengo un par de ideas que nos pueden servir.

—Ah... —Aitor balbuceó, hizo un mohín con la boca y se frotó la nuca—. Después de clase no puedo, es que tengo que ayudar a mi tía con la cafetería.

Pedro suspiró. No era mentira del todo; sí que ayudaba a Nadia, aunque la cafetería no abría hasta las cinco de la tarde. El chico se estiró las mangas y se las abotonó.

—Pues mañana en la hora libre. No llegues tarde.

Quiso replicar, aunque no supo muy bien cómo. Solo vio a Pedro salir por la puerta con el resto de la clase. Dejó caer los hombros con un suspiro de fastidio.

Odiaba desaprovechar las horas libres de los viernes.